

UNA EXPERIENCIA DE CATEQUESIS

Mi primera experiencia de catequesis, siendo ya religiosa, fue en el Noviciado de Tarancón en el verano de 1961.

Y sucedió así... La catequesis de la Parroquia había acabado ya; la Madre nos llamó: ¡Qué pena que en el verano estuviesen los niños tan descuidados...! ¿No podríamos hacer que viniesen todos a nuestra casa y seguirles enseñando?»

Dicho y hecho. Un jueves por la tarde, distribuidas de tres en tres, salimos por los distintos barrios de Tarancón, después de decirsenos que no nos preocupásemos si no nos hacían caso. Marchamos felices con nuestra campanilla, dispuestas a conquistar a todo crío que se nos pusiera delante. Y llegaron las escenas de las madres y abuelas: «Mi usted, que yo quiero que vaya a la catequesis pa que luego, al final, le den todas esas cosas como el año pasado. A ver, ¿qué quieres tú, hermosón?» Nosotras les aclarábamos que no les íbamos a dar nada. «Claro, Madre, si sólo es pa que quiera ir...»

Después de dos horas, volvimos con un montón de críos detrás, sobre todo gitanillos.

El domingo salimos otra vez a buscarlos, y vinieron muchos: doscientos cuatro niños y doscientas cuarenta niñas; por la mañana, unos, y por la tarde, otros.

¿Cómo organizamos la catequesis?—Los dos primeros domingos se nos pasó el tiempo apuntando su nombre, domicilio, si habían hecho la Primera Comunión o no, si sabían leer, etc., para poder hacer los grupos. A los niños los distribuimos en cuarteles: caballería, infantería, marina, policía montada... A las niñas, en grupos: De la Niña María, la Inmaculada, Nuestra Señora del Carmen, etc. Y a los pequeñines, todos juntos, los pusimos separados de los otros.

Qué se hacía en la catequesis.—Cantábamos, esperando a reunirnos todos. Conforme iban llegando, cada niño marchaba a su cuartel. Cada domingo se preguntaba rápidamente lo del día anterior; luego, diez minutos o un cuarto de hora de explicación. Cada niño tenía derecho a: un punto de asistencia, un punto de buen comportamien-

to, un punto por traer un niño al Catecismo. Cada domingo se les señalaba una tarea para que hiciesen en casa, cosa que más que ellos, hacían sus padres, pero eso era lo bueno, porque así se interesaban. Podría ser un dibujo de la Santísima Trinidad, representar cómo está el alma en gracia y en pecado, etc., dibujo que cada domingo, al llegar cada grupo, se encontraba en su pizarra. Acabada la explicación, tocaba la campana.

Los juegos en la catequesis.—Generalmente eran dirigidos, que pudieran participar los que quisieran, y los que no, se entusiasmaran viéndolo: carreras de sacos, saltos de altura, partidos, en los que siempre ganaban los gitanos con su jefe Diego, etc. Con las niñas, juegos propios de niñas.

Organizamos un gran concurso de banderas de las más variadas clases y colores; ellos mismos, formando un jurado, eligieron.

Salida de la catequesis.—Acabados los juegos, tocaba la campana, y cada niño volvía a su cuartel, desde donde, desfilando, se dirigían a la Capilla, cantando el himno de la Catequesis.

En la Capilla.—Mientras se colocaban en los bancos, armaban bastante jaleo. Cada domingo, una catequista distinta les hacía tres o cuatro preguntas básicas de la lección explicada, a las que debían responder todos.

Ejemplo:

—¿Cuándo instituyó Cristo la Eucaristía?

—¿Cuándo empieza Cristo a estar en la Eucaristía?

—¿Qué hay en la Hostia y Cáliz antes de la Consagración? Y después?

—¿Cómo está Cristo en la Eucaristía?

Después de rezar un Avemaría, salían cantando: «Jesús, aquí estoy...», no sin antes besarse por besar la medalla de la Hermana.

Fiesta en la catequesis.—Fue el día de la Asunción. Desde un mes antes, todos los niños que podían venían todos los días para ensayar con una Hermana la Misa.

La víspera de la fiesta, muchos vinieron a prepararse para la Confesión; el Padre, de cuando en cuando, salía del confesonario para decir a la Hermana que los cuidaba que, por favor, advirtiese a los niños que no se marchasen antes de recibir la absolución; pero todo resultaba en vano. Tan pronto el Sacerdote les decía la Penitencia que tenían que rezar, se escapaban del confesonario.

A las diez fue la Misa; vinieron cerca de quinientos; fue una preciosidad, y hasta en un pequeño sermón que les dio el Padre se estuvieron quietos y silenciosos escuchándole —claro está, todo lo quieto que puede estar un niño...

Comulgaron casi todos, y daba gusto verlos...

Les dimos unas bolsitas con el desayuno, distribuyéndose las niñas por la huerta, y los niños, por el patio.

Luego vino la función. Hubo bailes regionales de las niñas, desfile por los gitanos, y «El Capitán», obra misional en tres actos.

Vinieron las familias de los niños, ¡y había que ver lo orgullo-sísimos que estaban...!

Primera Comunión.—Ese mismo día la hicieron tres de los gitanos. Como es de suponer, lo primerito de todo hubo que bautizarles el día anterior. Y fueron capaces de dejarse restregar con estropajo para estar bien limpios cuando recibieran al Señor.

Fruto de la catequesis.—Yo pienso que aún es muy pronto para verlo. Los niños siguen viniendo. Cada verano volvemos a tener catequesis en casa; en el invierno, vamos a darla a la Parroquia. Tenemos un cuidado especial de los gitanos: van haciendo su Primera Comunión y se van turnando para ser nuestros monaguillos en la Bendición; es una pena que no lo puedan ser en la Misa, porque no quieren aprender a leer. Nos ayudan siempre que se lo pedimos.

Organización de las catequistas.—Una Hermana que no daba catequesis era la que dirigía todo, llevaba el control de los grupos y se ocupaba de la marcha general. Cada catequista llevaba la asistencia de sus niños y su comportamiento. Un día a la semana nos reuníamos todas las catequistas, y una Hermana nos daba el tema que debíamos explicar; luego, cada una en particular tenía que adaptarlo a sus niños. Cuando salíamos, procurábamos conocer a las familias de los niños y penetrar en las casas, enterarnos de su ambiente y circunstancias...

M. María Angeles OLGA CASTRO

Cía. Misionera del Sagrado Corazón